

# Crónicas del asombro

## Madres en la guerrilla

**MÓNICA LAVÍN**

16

EstePaís cultura

La reciente liberación de Clara Rojas, ex candidata a la vicepresidencia de Colombia, secuestrada por las FARC en 2002, ha revelado (entre otras cosas) la situación de su propia maternidad en cautiverio y la de algunas guerrilleras cuyas historias, después de la deserción para llevar a término su embarazo o reunirse con sus hijos, se han dado a conocer. Ser madre en medio de la selva colombiana, ser madre cuando se lleva uniforme y fusil o se está a la espera impredecible de la muerte o la liberación no es asunto práctico. Por lo menos tres historias que llevan nombre propio o bajo anonimato lo subrayan.

1.

Juan David Gómez Tapiero tiene tres años y es el hijo de Clara Rojas. Aunque éste no es su nombre verdadero. En cuanto su madre, liberada para alivio del mundo y sobre todo de los familiares de los otros secuestrados cuya esperanza se aviva con este gesto, supo que estaba en un orfanatorio, se reunió con él y lo llamó por su nombre de pila, aquel que recibió cuando nació bajo el trópico húmedo e incierto: Emmanuel. Fue concebido

con uno de los guerrilleros que tenían a la abogada en cautiverio. Si la propia historia de las FARC, su propósito y su despropósito, su vinculación con el narcotráfico, sus medios, maneras y largo estancamiento en el que se acumulan secuestrados y odios es una historia para repensar los ideales de justicia y liberación originales, la corrupción, la ceguera y sordera de los de adentro y los de fuera, la ineptitud política, también las historias aparentemente pequeñas, las historias íntimas como la de Clara y el guerrillero, el hijo concebido en medio del cautiverio, nos llevan a pensar en la fragilidad y la capacidad de supervivencia, en el surgimiento del amor y el deseo en medio de la indignidad (¿o de la dignidad?). Síndrome de Estocolmo se llama al enamoramiento de la víctima por su captor, el que le da de comer, el que impidiendo su libertad cobija. ¿Será que más que la libertad queremos el cobijo y, si se trata de escoger, la protección viene primero y la necesidad de amor es inmediata? La bioquímica del deseo no distingue bandos.

Emmanuel nació en abril del 2004. Un hijo es siempre (o casi siempre) un motivo de lucha, da sentido a la batalla cotidiana porque necesita protección y alimento; necesita lo elemental y lo que de ello se deriva: el arrullo, las canciones, los brazos, la palabra. Una madre. Pero una madre en la selva, cuando hay asuntos de fuerza mayor que atender y muchas bocas que alimentar, no sólo las de las propias filas sino las de los retenidos contra su voluntad para que otros sean liberados, es un estorbo. Se consagrará al hijo, mostrará su fiereza instintiva para que el crío sobreviva. Y el pequeño no sólo demanda comida sino que desvía la atención, los recursos, la energía. Y si se enferma ese niño la inconveniencia es mayor, como sucedió con Emmanuel, quien a los ocho meses fue entregado a un campesino de El Retorno, un poblado cercano. El campesino le puso nuevo nombre y lo llevó al hospital donde llegó enfermo de malaria, desnutrido y con el brazo roto. No, un niño en la selva no es asunto para un padre guerrillero ni para una madre cautiva. Clara Rojas vivió no sólo la incertidumbre de su propio destino sino el de aquel pedazo de ella concebido en circunstancias que no hubiera imaginado. Liberada Clara y después de conocer el paradero de su hijo, lo primero que hizo fue reencontrarse con él. Emmanuel ya conoció a su madre y pronto conocerá su historia. En la adolescencia, cuando su país haya avanzado en impredecible dirección, no sabrá si odiar o amar al padre que desconoce.



2.

Carolina nació en una cárcel mexicana en 1987; su madre colombiana cumplía una sentencia por tráfico de drogas. Presume que su padre fue un custodio, pero no quiere saber más. Esa historia la conoció a los once años, cuando su madre se presentó en la casa de la tía donde ella vivía en Colombia. A los quince años huyó y se mantuvo con la prostitución. Más tarde, en un bar en la zona de Vichada, le atrajeron el uniforme y el fusil al hombro de los guerrilleros que allí acudían, y se unió al Frente 16 de las FARC. Si conocemos la historia de Carolina es porque la relata a la prensa desde su casa en Villavicencio, donde ahora se ha reunido con los gemelos hijos de un difunto guerrillero y el hijo más pequeño, de otro guerrillero recién muerto en manos de los militares.

Cuando en la selva supieron de su embarazo recibió una sanción. En cuanto nacieron sus hijos la separaron de ellos y estuvo a trabajos forzados quince días. Tener gemelos, cómo era posible, imprudencia doble. Después de cuatro años y medio, Carolina desertó para tener en brazos a sus pequeños. Sabe que su madre vive en España y que le va bien, pero no le interesa. Si la vida fuera de la guerrilla le ha sido dura, adentro también. No sólo por la imposibilidad de tener a los hijos con uno sino porque fusilaron a su compañera después de que la hicieron cavar su propia fosa. No le ha sido fácil. Pero así, mientras sus tres hijos la rodean, hay un bienestar que la conforta. Hay un propósito que la ha hecho dejar el fusil y la guerrilla y reunirse con sus pequeños.

3.

“Nicole” dice llamarse así para proteger su verdadera identidad. Tiene diecisiete años. Fue reclutada por las FARC a los diez, un sistema que parece frecuente entre la guerrilla. Con tres meses de embarazo, cuenta que se le pidió que abortara y se le dieron brebajes para ello. Asignada como Coordinadora de explosivos para volar un convoy militar en Tolima, aprovechó la distancia y el momento para huir con todo y el cargamento de explosivos. Después de ser atendida en un hospital, se le indicó que su embarazo era de alto riesgo. Triste condena: se reclutan niños para formar parte de la guerrilla pero se desechan los recién nacidos o se evitan los nacimientos.

Ser madre en la guerrilla —cautiva o con fusil— condena al desprendimiento, a abandonar la maternidad por la causa. Pero los hombres y las mujeres, custodios, presos, secuestrados, guerrilleros, todos se vuelven uno en el efímero contacto de las pieles, en la prueba de continuidad y vida que es la gestación. Hasta que salen del arrobo y arrojan al mundo a esos pequeños hijos de la circunstancia y la inconveniencia cuyas historias se habrán de escribir. ~

